



"Flor de la incertidumbre", obra en tinta de Carlos Balaguer.

La repetición de las estancias

Realmente no era nuestra intención hablar del "eterno retorno" de Nietzsche ni de cómo la vida o la muerte regresan en la substancia negra de los sepulcros, ni de cómo la vida se repite, el Sol vuelve a aparecer en un ciclo cerrado y ciego aunque tuvieramos en claro que la estirpe humana anduviera recorriendo tiempos y senderos, como espejos que se repetirían una y otra vez, dentro de un malestar repetitivo y agorero; vaticinando.

Bien sabíamos que todo se repite en esta vida y en esta muerte independientemente de las teorías esotéricas de la repetición de la vida en los planos de la reencarnación, pues la materia humana no sólo regresa a la carne sino que al polvo, a la brisa: nada eres y en nada te convertirás tú y la estrella y todo lo que brille o lo que viva por sí mismo.

Pero el hombre estaba allí, al otro lado de la calle, esperando y viendo hacia la puerta del

edificio de apartamentos. Algunas veces disimulando leer un periódico, fumando o esperando el tranvía eléctrico de aluminio, que regresara desde las montañas ocres y azules del oriente.

Yo, al salir del trabajo, me ocupaba de darle alguna propina para sus cigarrillos, su comida o su alcohol. Era una propina de vivir, ciertamente, y de esperar. Y me intrigaba la forma en que me recibía, que me esperaba durante todos sus días.

Algunas veces nos íbamos a la cervicería o al café, y yo trataba de escrutar su misterio, su relación conmigo, su espera.

Te he llamado Juan el de los mil días. Me recuerdas a alguien que ya no recuerdo. Y no me explico por qué me buscas en esta vida.

Siempre se busca o se espera a alguien. Alguien que llegue o se nos vaya. Siempre somos recuerdo de lo que ya no se recuerda, luz de la que ya no se mira, el acorde de un laúd que ya no se escucha su música ni su sonido amargo y rojo como el vino que llega desde el otro lado

del mar, en esos barcos oscuros y silenciosos en cuyas bodegas proliferan las ratas y las conservas enlatadas se pudren.

Dime de dónde vienes.

Vengo como todos, de miles de días, ciudad de gente milenaria que no recuerda que ha vuelto a vivir o a buscarse en el tiempo.

¿Cuál es tu ciudad? ¿Ciudad de los mil días?

Hoy vendrá el tranvía con media hora de retraso. Podríamos ir.

¿Es largo el viaje?

Apenas unas horas subiendo por las montañas. Ni necesita equipaje.

Siempre llegamos sin nada y se nos pierde de vista el lastre de la memoria y de los accesorios mundanos.

Yo recordaba el caso de la dulce Edelmira que se pasaba la vida criando Jacintos. Cuando ella murió, regresaba a los alrededores del jardín un canario amarillo y triste. La gente que como yo la volvió a ver convertida en algo diferente y lleno de luz amarilla pudo haber pensado en la locura, en el ultraje y la profanación. Pero bien dicen por allí, "dime de dónde vienes y te diré quién eres..."

Me fui tras de Juan el de los mil días, en el estruendoso vagón de aluminio subiendo las más frías y verdes utopías que la mente humana ya no alcanzó a conceptualizar. Llegamos hasta las montañas ocres y azules, como el color de las ciruelas maduras.

Ella es Stella, mi hermana.

Hola. Te pareces al hombre de la leyenda de los expedicionarios.

¿De los expedicionarios?

Nuestro libro sagrado habla de una expedición.

Bajo la luz violeta de la estancia, con armonías electrónicas de sintetizador tonal, Stella nos pasó a una salita de paredes blancas.

Un antiguo clavicordio estaba a un extremo y al otro los sillones afelpados de rojo. En la otra pared una atesorada biblioteca, es decir estantes con libros apilados. Pero el libro que estaba sobre una mesita era de empastadura negra. Era al parecer un libro de sentimientos sagrados.

Astron, la niña que llevaba el nombre de una estrella, Tecio Morano el capitán de La Salle... Lucrecio, son nombres que vuelves a encontrar. Hace muchos años hubo una expedición a la tierra de los mil días.

Cuando regresé a la ciudad, comprendí que el mundo en realidad era remanente de una remota expedición que en el fondo volvería a repetirse. Igual que la flor, el amor y las piedras entre el polvo de los senderos...

Los libros y los días

Torquemada en los Estados Unidos Por Ramón J. Sender

Desde que Dostoievsky dedicó a Torquemada y a sus inquisidores uno de los más inspirados capítulos de "Los hermanos Karamazov", la figura del confesor de Isabel la Católica no ha hecho sino crecer. Trazas lleva de eclipsar al judío errante, su enemigo, sobre el cual tiene la ventaja de ser, además de un mito, una figura histórica.

Por lo demás, Torquemada era descendiente de judíos —de los cuales sólo se sabe que un tío carnal se bautizó y se quedó en España después del decreto de expulsión—. Si Torquemada nació ya católico o si se bautizó y se metió en un convento de dominicos de Valladolid como tantos otros judíos que no quisieron salir de su patria, es un problema aclarar. Todo lo que nos dice John E. Longhurst, en "The age of Torquemada", cuidadoso como buen historiógrafo, es que en su familia había conversos recientes.

Por cierto que al día siguiente de salir los últimos judíos sefardíes de Andalucía para África del Norte, salieron de Palos las tres carabelas famosas de Colón. En ellas iban dos judíos conversos, alegres probablemente de alejarse de la Inquisición.

Es verdad que la Inquisición se extendió al Continente americano, pero al cruzar el Atlántico perdía parte de su virulencia. Es pintoresco recordar que hubo un tribunal de la Inquisición en New Orleans, en el siglo pasado. Llegó durante el reinado de Fernando VII, de triste memoria, en un barco español. Lo componían un lucido grupo de frailes de hábitos blancos como la nieve, con sus crucescitas verdes en el pecho y la bandera de la Suprema (la espada y el laurel). Las autoridades españolas los recibieron amablemente y les dijeron: "Vuestras mercedes deben comprender que esto no es España y que las cosas aquí son un poco diferentes". No había duda de que lo eran.

Los trataron bien, los invitaron a uno o varios banquetes, no faltó probablemente quien hiciera algún discurso de acento ligeramente masonico, según el tono de la época, y algunos días después los dominicos volvieron a bordo. Pero el propósito del rey Fernando no era ninguna broma. Cuando los inquisidores llegaron a New Orleans tenían preparado su "edicto de gracia" con el cual comenzaba sus tareas la Inquisición.

Este edicto prometía el perdón a todos los herejes —judíos o no— que se acercaran al "santo tribunal" a denunciar a algún otro y a confesar sus propios pecados. Como se puede suponer, si en New Orleans iban a ser denunciados los protestantes de las diferentes iglesias, los judíos, los musulmanes, los budistas, los ortodoxos griegos y las demás profesiones disrepantes de Roma, las denuncias alcanzarían a la gran mayoría de los habitantes de la ciudad. Tarea fuera de lugar y de conyuntura.

Suponiendo que la mayoría de los herejes se dejaran quietos, no habría leña en aquel territorio para tantas hogueras. La Inquisición resultaba en New Orleans anacrónica y sin sentido.

En los Estados Unidos todos son iguales ante la ley y oficialmente esa igualdad se mantiene. Pero la costumbre es superior a la ley y anterior a ella. Y, en definitiva, una ley no llega a tener virtualidad ni efectividad hasta que se ha incorporado al repertorio de nuestras costumbres. La igualdad de razas es ley, pero no es costumbre en USA.

Los Estados Unidos tienen ahí algo que lamentar y algo que purgar. Si la ley es sabia y humana, la costumbre no lo es. Y quien sabe el tiempo que tardará en serlo. El Presidente de la República envía tropas para hacer cumplir esa ley en el sur; pero la gran mayoría de los blancos —incluso hombres tan cultos y supuestamente liberales como el novelista Faulkner, recientemente muerto— no invitarían a un negro a su casa. Y si un obrero negro entra en ella lo hace por la puerta de servicio. El Presidente ha nombrado a un negro para un alto cargo inmediatamente inferior al de Secretario de Estado, pero Washington no es todo el país.

El libro del profesor Longhurst es un excelente documento que sirviendo a la verdad histórica viene a servir también al espíritu humanitario de nuestro tiempo. La verdad es una e indivisible. Recordar a Torquemada, especialmente en las motivaciones y circunstancias de las cuales era consecuencia y producto natural, es hacer una buena labor. Torquemada no está tan lejos ni tan muerto como algunos suponen.

De Carlos Pohl

Lo nuestro



Medianoche
25 de abril
La Barra de Santiago
Procesión
de lanchas que las velas y antorchas ilumina

Va el apóstol
Van las autoridades
Va la banda, de platos, trompetas y tambores
Va Chasca
diósa de pescadores en el tiempo lejano
de nuestra Confederación Pipil
Va gente, de todo el país.

Abril, 1980.

Por Carlos Balaguer

Filosofía, Arte y Letras.